

compuesto por ambos y Juan José Sebreli. Lecturas, aficiones cinematográficas, coqueteos sentimentales, conversaciones en las calles nocturnas de los barrios que rodean al centro de Buenos Aires (Almagro, Boedo, Villa del Parque), el clima denso y gris de los cafés universitarios y los cines gay, las librerías sonámbulas de la calle Corrientes y los altillos de las casas familiares.

Un amor al hiperanálisis, una agresividad meditada y una tendencia al encierro del fracasado por doctrina moral, nos reconducen a las flagelaciones del sartrismo rioplatense. Para quien quiera estudiar la historia intelectual de la Argentina, el texto propone un dietario de noticias y un sombrío divertimento.

Las metáforas del fracaso. Sudamérica ¿geografía del desencuentro?

Graciela Scheines

Casa de las Américas, La Habana, 1991, 192 páginas

Sudamérica, como casi todas las cosas, es un objeto creado por una mirada. En este caso, la mirada del conquistador europeo que la ve, alternativamente, como paraíso, como espacio de la barbarie y como isla de Utopía. Nunca, como historia. Por ello el sentimiento de exclusión que, con agobio o con júbilo, recoge, respecto de la historia, una buena parte de la literatura sudamericana.

Hurgando en fuentes muy variadas, Scheines explora lo que denomina «metáforas del fracaso»: figuras de lo imaginario que muestran a América del Sur como un conjunto humano inviable, que se alimenta de sus frustraciones como si de una vocación se tratara.

Es probable que la raíz del problema sea la aceptación de una dialéctica anacrónica, la que hace del mundo una estructura centrada y que sólo tiene un centro y, por lo mismo, una sola periferia. Hacer del margen un lugar central es el gran desafío americano, que se ha formulado con diversas entonaciones, desde la revolución armada hasta el sesudo plan de desarrollo y estabilización. Habría que preguntarse si las miradas de Ernesto Guevara o de mister Brady no siguen siendo exteriores, pero esto excede la materia del libro y la competencia de la literatura, que sólo (y nada menos) trabaja con símbolos y enlazamientos metafóricos.

El texto es dramático pero no carece de humor, acaso por la misma razón, porque lo grave lleva al consuelo reflexivo de la sonrisa. En cualquier caso, su género es muy abierto y excede las fórmulas habituales. Y en cualquier caso, cabe reiterarlo, ha obtenido el Premio Casa de las Américas.

La moda en la Argentina

Susana Saulquin

Emecé, Buenos Aires, 1990, 284 páginas

La moda, vista desde el punto de mira de la sociología y la semiología, ha inquietado a pensadores de diversa formación y dispares intereses, que pueden ir desde Gregorio Marañón hasta Roland Barthes. La autora de este libro insiste en el valor del cambio de modas como una característica de la cultura de la modernidad (moda: modo: moderno) que se acentúa con la revolución industrial y que domina cierta zona de la mentalidad contemporánea: la que considera todo objeto en trance de desaparecer apenas hecho y puesto en la consideración pública (lea mercado quien lo prefiera).

Metida en harina, Saulquin divide la historia de la moda en la Argentina en cuatro períodos: el que va desde la fundación del virreinato del Río de la Plata hasta la primera guerra mundial (1776-1914); el que cubre el lapso 1914-1949 (eclosión del peronismo, Eva Duarte como modelo de vestimenta y peinado); un momento de proliferación industrial y democratización de la moda, que llega hasta la dictadura de 1976; por fin, desde entonces hasta los días que corren, la posmodernidad, lo que podríamos llamar, siguiendo la sugestión semiótica, «posmoda».

Saulquin examina los materiales utilizados, las prendas características, las casas de moda, los comercios al menudeo, los paradigmas ofrecidos por el teatro y el cine. No se detiene en la moda femenina, como es de uso, sino que se ocupa de la masculina y la infantil.

El resultado es un libro ameno y documentado, al cual se podrían plantear interrogantes como ¿no hubo moda sino en Buenos Aires? ¿existen baches en las fuentes y ciertas lagunas no pueden colmarse? En este sentido, el historiador se ve impelido a trabajar como un novelista, haciéndose cargo de ese cuento de nunca acabar que llamamos pasado.

El mago

Isidoro Blaisten

Emecé, Buenos Aires, 1991, 192 páginas

En 1974 apareció la primera redacción de este libro inclasificable y ahora Blaisten ofrece una nueva versión, que incluye textos añadidos y algún pequeño retoque. Es difícil, en rigor, retocar un tipo de escritura tan concentrada y aforística. En cualquier caso, este *Mago* asevera la permanencia de aquel otro *Mago* y el retorno de Blaisten a una de sus más felices actividades: la crítica jocosa del lugar común, que lo lleva a montar desopilantes cuadros de la incomunicación humana en plena repetición de estereotipos.

La obra de Blaisten (Concordia, Argentina, 1933) tiene dos espacios que se pueden diferenciar con cierta nitidez: lo que es narración breve y lo que es especulación de género, como este *Mago* y una serie de escarnios acerca de la disertación y el artículo, reunida en *Anticonferencias* (1983).

Para quien no haya aún leído estas páginas, cabe situar a Blaisten entre dos grandes ejemplos de la literatura latinoamericana: el Cortázar misceláneo de *La vuelta al día en ochenta mundos* y *Último round*, y el cuento instantáneo, brevísimo, de Augusto Monterroso.

Visión fragmentada de un mundo en el cual los tópicos llevan a lo contrario que se proponen, o sea a la dislocación de la lógica, ésta de Blaisten instala la risa en los huecos del texto, donde suelen aparecer antiguas viñetas que también alegorizan el deteriorado *poncif*: una corona, un par de manos, un anticuado hombre de ciencia, un respetable burgués de la *belle époque* a punto de enloquecer. Y todo, como dice el mismo Blaisten, «cortito así».

El fin de la quimera. Auge y ocaso de la Argentina populista

James Neilson

Emecé, Buenos Aires, 1991, 277 páginas

Una pregunta trágica recorre este libro sereno y amable, escrito con irónico talante de comentario periodístico erudito: ¿es viable la Argentina?

Neilson hace una rápida cabalgata por la historia argentina para enumerar las respuestas habidas desde el

siglo XIX. Dos modelos de país se contraponen constantemente: un modelo liberal y cosmopolita, y un modelo nacionalista y populista. Llegados a la caída de la dictadura que agobió al país entre 1976 y 1983, la restauración democrática se ve abocada al mismo dualismo. Alfonsín, que encarna la opción «occidental» y «moderna», cae víctima de un inconsciente populismo. Y Menem, heredero del más vigoroso populismo, el inaugurado por su ancestro Juan Perón, ensaya la definitiva liquidación del populismo moderno, con todos sus arcaísmos. La lógica de la historia parece ser, una vez más, paradójica. Han muerto ilusiones y absolutismos, esquemas militares y guerrilleros. Lo que se impone, de momento, es el pragmatismo, la legalidad democrática, las políticas de ajuste económico y la apertura descarada (en el mejor sentido de la palabra) al mercado mundial.

Neilson no pretende ser un historiador ni un sociólogo. No es un economista, ni siquiera un ensayista. Es un inglés apasionado por un país dramático y colorido, que acaba por ser el suyo a fuerza de no serlo. Es un periodista también apasionado, es decir un observador jugado por lo cotidiano. Ante su mirada atenta pero impávida, desfila la serie de tragedias argentinas que han llevado al país sudamericano al estancamiento empecinado de los últimos cuarenta largos años. Las opciones no son positivas, sino el resultado de una prolongada sucesión de supresiones. Si la variante nacionalista, el bonapartismo, el terrorismo rojo y el blanco, han sido derogados por la historia, queda el menemismo, un experimento histórico que puede ser inédito si el inconsciente de los hechos no lo retrae al escenario de viejas frustraciones.

Lectura accesible a cualquiera, estricta pero no agobiadora de información, acaba siendo útil para quien comparta sus conclusiones (provisorias y prudentes) como también a quien las contradiga. Para eso se ensaya, para eso se piensa.

Las palabras perdidas

Jesús Díaz

Destino, Barcelona, 1992, 336 páginas

Díaz (La Habana, 1941), tras una carrera cubana, se ha radicado, por razones obvias, en Berlín. Guionista y

director de cine, periodista cultural, novelista (*Las iniciales de la tierra*, 1987), obtuvo con el *sub judice* el acésit del Premio Nadal 1992.

Resuelta en dos acciones paralelas (la Cuba de Castro y la Rusia soviética), la novela muestra la desubicación de unos intelectuales cubanos sometidos a las rudezas de la igualdad revolucionaria: casas ruinosas, electrodomésticos arcaicos, racionamiento, colas, censura, suciedad y monotonía.

Díaz conoce esos mundos desde dentro y los evoca desde fuera, lo cual abre el espacio de la ironía. Sus observaciones costumbristas, su conocimiento del coloquialismo habanero y su divertida tristeza ante los traspiés de las revoluciones, dan al conjunto un sesgo de periodismo ligero y ameno, que contradice (de nuevo, la ironía) el contenido dramático de la acción narrada.

Es especialmente divertido el relato de la vida literaria cubana, donde no falta el mismo Alejo Carpentier, con pelos y señales, además de la previsible serie de intrigas institucionales, chismes, discusiones estéticas y políticas.

La figura de las palabras perdidas es múltiple: el exiliado pierde las palabras de su gente; el escritor pierde las palabras al escribirlas, dejándolas en manos ajenas; el creyente político pierde la fe en las palabras mágicas que hubieron de resolver todas las miserias de la historia. En medio de tanta pérdida, la novela se presenta como un fetiche reparador.

B. M.

Delmira Agustini, manantial de la brasa

Luzmaría Jiménez Faro

Ediciones Torremozas, S.L., Madrid, 1991, 111 páginas

Luzmaría Jiménez Faro, poetisa, antóloga y editora, nos ha rescatado del olvido español a una poetisa de América, una uruguaya de apasionada y breve vida, sobre quien su contemporáneo Rubén Darío se expresó así:

«De cuantas mujeres escriben hoy en verso, ninguna ha impresionado mi ánimo como Delmira Agustini».

También Miguel de Unamuno se mostró favorablemente impresionado por los poemas de Agustini: «¡Qué extrafemenino, es decir, qué hondamente humano es esto!».

Delmira Agustini nació en Montevideo en 1886, en el seno de una familia acomodada que, desde la primera infancia, cultivó la precocidad de la futura poetisa. A los veinte años, Agustini publicó el primero de sus tres libros: *Libro Blanco*. Con él, según Luzmaría Jiménez, «causó sensación en los círculos literarios de su época, por el escándalo implícito de su erotismo».

No tardaría en descubrirse, sin embargo, que el radiante culto de Eros de Delmira Agustini se oficiaba ante el oscuro telón de fondo del altar de Tánatos.

En 1908 la poetisa conoce a Enrique Job Reyes, con quien mantiene durante cinco años un noviazgo secreto. A pesar de la oposición de la madre de Delmira, se casan en 1913. Pero a los pocos meses ella regresa a casa de sus padres e inicia la causa del divorcio, aunque continúa viendo a su esposo en secreto. El progresivo distanciamiento de Delmira, terminará por provocar la tragedia. En uno de sus furtivos encuentros con Reyes, éste en plena locura de Eros, con la pólvora de Tánatos y con efecto doblemente mortal, dispara sobre su amada y sobre él mismo.

«Eros, yo quiero guiarte, Padre ciego», es el primer verso del poema «Otra estirpe» —la de la intemporalidad—, con el que Luzmaría Jiménez da comienzo a este libro lleno de pasión poética bajo su título *Delmira Agustini, manantial de la brasa*, antología que, según su misma autora, «no sigue ningún orden cronológico y el único punto de unión buscado es el tema amoroso».

Al terminar su lectura, con otra invocación al dios del amor que tan cruel había de ser («¿Eros, acaso no sentiste nunca/ piedad de las estatuas?») con esta poetisa de vida trágica, nos queda la imagen de una Delmira Agustini «esperando de espaldas a la vida/ que acaso un día retroceda el tiempo».

Mary Luz Melcón